

Bonus zelus est fervor animi, quo mens, abstracto humano timore, pro defensione veritatis accenditur, et eo magis commendabilis, quo quaelibet prava, quæ viderit, corrigere satagit; si nequit, tolerat et gemit. S. BONAV. IN PHARETR. DIV. LIB. 4.

Véase: TEMPLOS.

CEMENTERIOS.

Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii.

Mejor es ir á la casa del luto, que á la casa del festin.

(Eccles. vii, 3.)

La humanidad tiene una ley comun, ante la cual todos somos iguales: esta ley es la muerte. Nuestra duracion sobre la tierra es un momento: nuestra vida no es más que una série de pasos hácia la muerte. ¡Pobre flor que, refrescada por la mañana con el transitorio rocío de una lozana juventud, abre su capullo cuando el sol de la vida la saluda con la fuerza de sus resplandores, para marchitarse antes que el astro vivificador abandone el horizonte, donde su benéfico influjo ha reanimado todas las creaciones de la naturaleza! Pero no sucumbe á la muerte, sino para renacer por medio de un prodigio, tan admirable como la creacion misma, á una vida aun más gloriosa que la primera. A la manera que el insecto, que arrastra sobre el cielo de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza, y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, corruptible,

sujeto á mil necesidades á cual más humillante, despues que deposite en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir regenerado, más hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento.

Cuando suene la hora suprema, todos los habitantes de los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre. «Huesos áridos, descarnados huesos, escuchad la palabra del Señor.» Al son de esta imperativa voz, que se dejará oír en un momento de Oriente á Occidente, y del Septentrion al Mediodía, los consumidos cuerpos, los blanqueados huesos, la fria ceniza se revolverán en las cavidades de las tumbas. Toda la naturaleza se estremecerá; y la mar, y la tierra, y los abismos devolverán sus muertos, que creyeron propiedad suya, cuando solo eran un pasajero depósito que se les confiara, para devolverlos fielmente á la primera expresion de la voluntad de Dios. De ahí esa profunda paz con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí esas bendiciones que consagra la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres. De esa tierra, de los cementerios, nos ocuparemos en el presente discurso. El Espíritu Santo nos dice, que vale más ir á donde reina el luto, que á la casa donde se prepara un festin; porque en aquel lugar, el hombre considera su último fin; y, aunque lleno de salud, piensa en lo que un dia le sucederá. Hablemos, pues, de los cementerios: ellos nos inspirarán las más serias y saludables reflexiones; pero antes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me propongo, amados hermanos míos, investigar aquí con curiosidad, las diferentes formas en que se ha manifestado en todos los pueblos y en todó tiempo el sentimiento tan moral y tan eminentemente religioso por los restos de los difuntos. No me detendré ni delante de aquellas altas pirámides, consagradas por los antiguos pueblos del Egipto á la sepultura de sus reyes, magníficos testimonios de su nada, si lo quereis, pero testimonios no ménos ilustres de su fe en otra vida. No enumeraré el exquisito cuidado con que este pueblo trataba los tristes restos del género humano, envolviéndolos en ropas preciosas, embalsamándolos y perfumándolos para preservarles de la corrupcion, como si pretendieran comunicar á las frias reliquias una apariencia de vida, aun despues de la muerte. No recordaré las urnas piadosas en que los griegos y los romanos encerraban, regadas con sus lágrimas, las cenizas de sus abuelos; los soberbios mausoleos que levantaban á su memoria, y la via romana, llamada por excelencia *via sagrada*, porque se caminaba por ella entre sepulcros.

No seguiré al salvaje en sus innumerables emigraciones, abandonando sin ningun pesar, por nuevas riberas, las orillas conocidas de sus lagos y de sus rios, y las selvas en que vegetára su infancia, pero siempre fiel al culto de los muertos, llevando consigo los huesos de sus padres, y considerándolos como un tesoro, como un patrimonio sagrado, como una patria. Me limito á consignar un hecho evidenciado por el estudio más breve de los usos y costumbres de las naciones: por lo que toca al respeto debido á los muertos, no hay *judío*, ni *gentil*, *griego*, ni *bárbaro*; no hay ninguna raza de hombres tan degradada entre quienes este sentimiento no haya llevado el sello de una especie de religion, y que no tengan horror á los violadores de los sepulcros, como á los profanadores de los altares. Y como no cabe suponer un acuerdo entre siglos tan distantes unos de otros, y entre pueblos respectivamente extraños por su idioma, su legislacion, sus costumbres y sus cultos, hay que reconocer aquí una de esas grandes y primitivas leyes del orden moral, que el dedo de la naturaleza, ó más bien, la mano de Dios, ha grabado en la conciencia del género humano.

Más; ¿por qué pediríamos á naciones infieles, ejemplos de esta piedad hácia las cenizas de los muertos, cuando nuestros Libros santos y nuestros Anales cristianos nos los ofrecen tan tiernos y tan puros, en los cuales triunfa solamente el sentimiento de la religion y de la ternura natural, sin ninguna mezcla de los ritos impios, con que la supersticion pagana manchaba honores legítimos, y de las ideas de fausto y ostentacion que se advierten en esos monumentos, que proclaman soberbiamente la vanidad del hombre, tanta es la necesidad que tiene nuestro orgullo de alimentarse, aun de su nada, cuando no le queda otro alimento? ¿Quién no sabe, con qué religiosa prevision, Abrahan, el padre de los creyentes, compró en una tierra extraña el derecho del sepulcro, GEN. XXIII, 19, y escogió él mismo la cueva de Mambré, GEN. XXV, 9, para sepulcro de Sara, su esposa, con la esperanza de descansar un dia cerca de ella juntamente con sus hijos: GEN. XXXV, 29? ¿Quién no sabe la importancia que atribuyeron sus descendientes á estar reunidos en este sepulcro de familia? Tal fué la esperanza de Isaac, quien encontró allí su sepultura por la diligencia de sus hijos; tal fué el deseo de Jacob, y la última súplica de José, al morir en la tierra de Egipto, queriendo, dicen ellos, en su lenguaje lleno de fe, y con un pensamiento preocupado exclusivamente por lo futuro, que sus huesos fuesen transportados á Canaan, para descansar con sus padres. GEN. L, 25. Deseos dignísimos de aquellas sencillas y grandes almas, y que los hebreos cumplieron

religiosamente, segun lo habian prometido, desde que fueron librados de la servidumbre. Apenas hubieron entrado en posesion de la tierra, que les habia sido dada en patrimonio, los judíos permanecieron fieles á estas tradiciones patriarcales. Abrian sus sepulcros en las rocas, ó aprovechaban las cavidades de los peñascos, ó los colocaban en los huertos, ó bajo las palmeras del desierto, ó en lugares solitarios y retirados, que prometian á su dolor más recogimiento y más libertad á sus lágrimas.

La Iglesia, que no ha venido á abolir la ley, sino á perfeccionarla; que no ha venido á destruir las antiguas costumbres, sino á conservar cuanto tenian de santo y respetable; la Iglesia se apresuró á no mostrarse ménos celosa que la sinagoga del honor, que es debido á los restos de los muertos. Si los infieles respetaban estas ruinas del linage humano, porque una alma inmortal las habia animado; si los hijos de Abrahan les profesaban tanta veneracion, porque el sello de la alianza estaba impreso en su carne; ¿de qué miramientos, de qué piadosos cuidados, la religion de Cristo, más santa todavía y más tierna, no debia rodear esta porcion de la naturaleza humana, adoptada, rehabilitada y casi divinizada por el celestial Mediador; estos miembros transformados por el bautismo en miembros de Jesucristo; este cuerpo, que tantas unciones divinas habian consagrado, en que el Espíritu Santo habia habitado por su gracia, como en un santuario, y en que la comunicacion del pan vivo y la participacion en el cáliz de la salvacion, habian depositado las arras de la resurreccion y una garantía de la vida eterna? Los primitivos cristianos no quemaron sus muertos como los gentiles, prefiriendo, segun la costumbre de los judíos, devolver á la tierra lo que pertenecía á esta madre comun de los hombres. No les erigieron faustuosos monumentos, con aquella magnificencia del paganismo, tan poco conforme con la humildad del Evangelio, y que, sin embargo, muchos cristianos se han atrevido á imitar. Los primitivos fieles apenas osaban tributar unas modestas honras, precisados como se veian por la violencia de las persecuciones, á ocultar á todos los ojos sus funerales, con tanta precaucion como sus misterios. En las entrañas de la tierra, en las catacumbas, en cuyo seno se reunian para el sacrificio, allí tributaban á sus hermanos los últimos deberes, mezclando así los misterios de la muerte con los misterios de la resurreccion y de la vida. Más; ¡cuán viva era la fe, que velaba sobre aquellos preciosos depósitos! ¡Cuán fervorosas eran las oraciones que se rezaban en aquellos sombríos recintos! ¡Oh, y cómo subirian ardientes y puras, mezcladas con el vapor del incienso, al centro de la luz eterna,

no obstante el obstáculo que, al parecer, detenía su vuelo; y con que suprema complacencia *el Dios, que ve en el secreto*, contemplaría los detalles de aquel piadoso duelo, y acogería los suspiros exhalados por aquellos pechos oprimidos bajo el doble peso de un dolor cristiano, y de una cruel tiranía! Aquellas grutas subterráneas, comun morada de vivos y de muertos, recibían indistintamente muchos nombres. Se les llamaba *Asambleas de los Mártires*, porque se depositaba en ellas los cuerpos de los fieles inmolados por la fe, con una redomita llena de su sangre, y un ramo de laurel, emblema de su victoria. Se les llamaba *Arenas*, ménos quizá en razon á la naturaleza del suelo, donde estaban enterrados, que para conservar la memoria de los combates gloriosos, que, cual generosos atletas, habían sostenido por la causa de Jesucristo; pero más ordinariamente se les llamaba el *Cementerio*, nombre que ha quedado á nuestros lugares de sepultura; *Cementerio*, que en nuestro idioma se interpreta por *dormitorio*. ¡Palabra de feliz presagio, tierna denominacion, que coloca bajo la proteccion de la esperanza, y que quita á la muerte el horror que inspira, haciéndonos vislumbrar como un sueño algo más prolongado que el sueño de la noche, pero al que debe seguir el despertamiento eterno! Y de ahí, sin duda, la costumbre, que prevaleció en los primeros siglos, de disponer de tal suerte el lecho fúnebre, que los cadáveres tuviesen el rostro vuelto hácia el Oriente, como si aguardasen el regreso de la luz para saludar los primeros rayos de aquel nuevo dia, que no tendrá crepúsculo.

2. Desde que la Iglesia pudo respirar de sus largos padecimientos, uno de sus primeros cuidados fué, asegurar á los muertos un descanso honorífico, una morada pacífica, destinada únicamente á recibir sus restos terrestres, y religiosamente separada de cualquier otro uso extraño ó profano. Estaban dispersos en diferentes lugares una infinidad de sepuleros de mártires y de santos confesores, cuyo recuerdo conservaban las tradiciones cristianas. Modestos oratorios, y, alguna vez, pomposas basílicas se habían levantado por la piedad de los fieles, sobre el lugar donde descansaban aquellos restos venerables. El mismo motivo por el que los antiguos patriarcas deseaban reunir sus cenizas con las cenizas de sus padres, hizo, que los cristianos anhelasen ser inhumados junto al sepulcro de aquellos santos varones, padres suyos en la fe, por la fecunda semilla de su sangre, como para recibir alguna impresion de virtud de esta feliz proximidad, y obtener por ella algun mérito de gracia y de indulgencia. Así nuestros cementerios se establecieron al rededor de nuestros templos; así se formaron insensiblemente por la atraccion poderosa

de un sentimiento sublime, nuestras aldeas, nuestras villas, y nuestras ricas y populosas ciudades; así se ha verificado ya la prediccion del Evangelio, que recibirá á la consumacion de los siglos la última solucion: do quiera que se hallare el cuerpo adorable del Salvador, oculto bajo los símbolos eucarísticos, allí se juntarán las águilas: *Ubi cumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae*, MATTH. XXIV, 28; esas almas hambrientas de justicia, incitadas por la necesidad de saciarse del divino amor, y de fijar piadosas miradas en aquel divino sol, que se revela á su fe; de modo, que á la religion, á la cual tanto debemos, debé tambien la patria la fundacion del mayor número de esas metrópolis y esos municipios de toda clase, que constituyen su fuerza y su gloria. En breve, estos mismos cristianos, siempre inspirados por el mismo atractivo de una confianza ingénuo y de una piedad sincera, solicitaron ser inhumados debajo del pavimento del templo, á fin de estar lo más cerca posible de las reliquias de los santos, y de la propiciacion de los altares. La Iglesia templó el rigor de su disciplina por consideracion á un sentimiento tan respetable; y esos hombres de fe, cuya vida entera había discurrido en los atrios del Señor, nada tenían que pedir al mundo; y creían, más bien que morir, continuar una vida de adoracion y de oracion cuando cerraban los ojos á la luz, con la esperanza de asistir constantemente á las solemnidades cristianas, y descansar á la sombra del tabernáculo en medio de las santas pompas, y al rumor de los divinos cánticos que les conmovieran hasta en sus sepuleros.

Me he detenido algun tanto, hermanos míos, en estos recuerdos, porque me han parecido conducentes á instruiros y edificaros; porque respiran un olor de religion suave, de piedad antigua semejante al vapor, que se exhala al abrirse un vaso que ha encerrado perfumes; porque, finalmente, estos recuerdos pueden fortalecer vuestra fe en la resurreccion, é infundiros respeto á las cenizas de los difuntos. Hé ahí, pues, el origen y la historia de nuestros cementerios. ¡Cuán santo es su origen! ¡Cuán tierna es su historia! ¡Y cuántos motivos reunidos para hacernos queridos y sagrados esos asilos de la muerte, colocados á la entrada de nuestros pueblos, ó á la puerta de nuestros templos, para pedirnos sufragios, ó para recordarnos que somos polvo! Ahí duermen su sueño, unas sobre otras, generaciones infinitamente mejores que la nuestra; bienhechores de los pobres y de las iglesias; los fundadores de vuestros hospicios, de vuestras escuelas, de vuestros monasterios; los creadores de estas instituciones caritativas, de estos establecimientos de utilidad pública, cuyos frutos recogeis, sin pensar siquiera en la mano á la cual

los debéis todos, sin que vuestra memoria haya siquiera conservado los nombres de esos hombres generosos; esta sucesion de curas-párrocos vigilantes y afectuosos, que han enseñado, consolado y exhortado, en el trascurso de las edades, las generaciones extinguidas, y que os han iniciado á vosotros mismos en la ciencia de los deberes y en el conocimiento de la fe. Ahí descansan vuestros hermanos y amigos: ahí descansa, oh hijos, el padre, la madre, á quienes prometisteis en el abrazo del último adios un recuerdo eterno; ahí, sobre todo, descansan cristianos, marcados con el sello de adopcion de hijos de la Iglesia, de miembros de Jesucristo, cuyos huesos todos custodia el Señor con sumo cuidado, para resucitarlos en el último dia. Ahí se conservan verdaderas reliquias; porque, ¿quién puede dudar de que entre esa multitud de fieles, cuyos cuerpos han sido depositados en los cementerios, muchísimos están en posesion de la gloria? Reliquias preciosas, despojos venerables, á las cuales solo falta, para gozar del mismo culto que las reliquias expuestas en nuestros altares, la declaracion de la Iglesia tocante á la santidad de los justos á quienes pertenecen! ¡Ah! cuando encaminais vuestros pasos á esos lugares fúnebres, con cuánta razon se pudiera aplicaros la palabra que Dios dirigió á Moisés en medio de la zarza encendida: La tierra que pisais es santa: quitaos el calzado de los piés en testimonio de respeto: *Solve calceamentum de pedibus tuis; locus enim in quo stas, terra sancta est*, Exod. III, 5: es polvo de santos el que pisan vuestros piés; es polvo, que, para reanimarse, para levantarse vivo é inmortal, no aguarda más que el primer sonido de la trompeta; toda esta tierra que mirais, ha vivido; toda esta tierra debe resucitar.

Más, este respeto religioso, que os pedimos para vuestros cementerios, no se limita, hermanos míos, á un simple sentimiento de veneracion: él os ordena para su conservacion, para su seguridad, una vigilancia asidua para alejar de esos lugares consagrados cuanto pudiera turbar el silencio y profanar la santidad. Y no temais, que con este motivo venga yo ahora á importunar vuestra caridad con exigencias onerosas. Todo el lujo que yo reclamo para esta morada de los muertos, es una cerca protectora contra los insultos de los animales inmundos. Todos los ornamentos que apetezco es una simple cruz, elevándose como la esperanza sobre estas ruinas del género humano. Todo lo que os pido en nombre de la religion y de los más santos deberes de la naturaleza, es, que un lugar tan respetable no sea un pasaje ó camino para los negocios; que no sea accesible más que para las ceremonias fúnebres, y á los piadosos fieles que vengan á él para llorar y orar sobre sepulcros amados. ¡Qué méngua para una par-

roquia, si los muertos, que no tienen más defensa ni más proteccion que nuestra piedad, fuesen violados en el último atrincheramiento que la religion les ha deparado! ¡Qué siniestra idea daria de sus costumbres y de su fe un pueblo, que no se sonrojase de escoger para teatro de sus diversiones, de sus conversaciones groseras y licenciosas, quizá de sus orgías escandalosas, un lugar tan lleno de piadosos recuerdos, tan fecundo en graves enseñanzas! ¡Ah! léjos, léjos de un lugar tan santo toda reunion profana, todo movimiento tumultuoso que turbase la paz de los muertos, y el recogimiento de la casa de la oracion y del sacrificio. El cementerio no debe ser un camino público, ó, á lo más, se podrá tolerar que sirva de paso para el templo del Señor, á fin de que los pueblos, impresionados por tan piadosa vecindad, adquieran la alta moralidad que nuestros padres no perdian jamás de vista, cuando aproximaron la morada de los muertos á los altares del Dios de la vida. Recomendando el respeto que se debe á los muertos, hareis respetar los vivos. La religion de los sepulcros es la mejor garantía del honor de las familias, de la vida y fortuna de los ciudadanos; y puede apreciarse el valor moral de un pueblo, segun el honor que dispensa á las generaciones que le precedieron. Si, hermanos míos: dó quiera que veais un cementerio cuidado con esmero, religiosamente protegido por una cerca alta y sólida, dominado por la señal de la Redencion, delante del cual el pasajero se descubre y se detiene un instante para rogar, decid sin vacilar: Aquí habita una sociedad de hombres religiosos y fieles, un pueblo bueno, sensible, generoso, hospitalario, en cuyo hogar puede el viajero sentarse, y reclinarse su cabeza con seguridad. Por el contrario; allí donde observáreis, al pasar, que el cementerio es un lugar abierto como una plaza pública, sin que ninguna mano misericordiosa se ocupe en levantar las piedras dispersas de su cerca; dó quiera que veais al labrador distraido ó al pastor caminando indiferentes, ó cantando delante del sepulcro de sus padres, apresurad vuestro paso, alejaos cuanto antes de sus términos. La hospitalidad no es segura en un pueblo; en que los muertos mismos no obtienen miramiento ni proteccion alguna.

La religion cuenta en el número de sus obras más meritorias la sepultura dada á los muertos. Tal fué la gloria de Tobías, cautivo en Nínive. En los siglos de fe, no querian las familias cristianas ceder á nadie el cuidado de cumplir estos tristes últimos deberes. Formábanse cofradías, que se consagraban á esta obra de caridad para con los infelices, que no dejaban parientes ó amigos en la tierra. Pues bien, la conservacion de vuestros cementerios forma parte de este caritativo servicio. Atended, pues, á su reparacion, á su defensa, á su

respeto. Os digo, en conclusion, amados hermanos, que penseis en vuestros padres, en vuestros hijos! Ya pensais en vuestros padres, haciendo celebrar misas para el descanso de sus almas; y en esto vuestra piedad es digna de toda alabanza; pero, al mismo tiempo, no despreciéis vuestra propia carne, permitiendo que sus restos mortales queden expuestos á los ultrajes. Pensad en vuestros hijos! dejadles este ejemplo de vuestra piedad filial, para que, á su vez, cuando hubiereis bajado á las sombras de la muerte, respeten vuestras cenizas y reciban de vosotros, del seno de la eternidad, la bendicion que habreis recogido del agradecimiento de vuestros antepasados: *Benedicti seais de Dios, pues habeis hecho tal obra de misericordia con vuestro señor y padre, y le habeis dado sepultura: Benedicti vos Domino, qui fecistis misericordiam hanc cum domino vestro et sepelistis eum.*
II. REG. II, 5.

DIVISIONES.

CEMENTERIOS. — Debemos entrar en los cementerios, considerándolos:

- 1.º Como un lugar en que está de manifiesto la justicia de Dios.
- 2.º Como el espectáculo más lúgubre de nuestra miseria.

CEMENTERIOS. — Son lugar de humillacion, que debe aleccionar á los más orgullosos.

Son lugar de dolor, que debe impresionar á los más insensibles.

Son lugar de oracion, que debe mover á los ménos devotos.

CENIZA.

I.

Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y te has de convertir en polvo.

(Igl. en la ceremonia de este día.)

Es un principio, en que convinieron los mismos sábios del gentilismo, que la principal ciencia, ó el principal estudio de la vida es la ciencia ó el estudio de la muerte; y que le es al hombre imposible vivir segun la razon, y mantenerse en una virtud sólida y constante, si no piensa repetidas veces en que ha de morir. Pues yo hallo que toda nuestra vida, ó por mejor decir, todo lo que en nuestra vida es capaz de perfeccionarse, ya por la razon, ya por la fe, tiene respeto á tres cosas; á nuestras pasiones, á nuestros acuerdos y á nuestros actos. Me explicaré. En el discurso de nuestra vida, tenemos pasiones sobre las cuales hemos de velar; tenemos consejos que tomar, y tenemos obligaciones que cumplir. En esto (por servirme del término de la Escritura) consiste lo que es todo hombre; hablo del hombre cristiano y racional: *Hoc est enim omnis homo.* Eccl. XII, 13. Pasiones sobre que hemos de velar reprimiendo sus ímpetus y moderando sus violencias: consejos que tomar, preservándonos de los errores que los acompañan y de los arrepentimientos que los siguen: obligaciones que cumplir, cuya ejecucion debe ser puntual y fervorosa. Pues yo quiero demostraros, que para todo esto nos basta el pensamiento de la muerte, y asiento tres proposiciones, que formarán la division de este discurso. Digo; que el pensamiento de la muerte es el remedio mas soberano para amortiguar el fuego de nuestras pasiones: que el pensamiento de la muerte es la regla más infalible para acertar con seguridad en